

PLIEGO

Vida Nueva
2.980. 12-18
MARZO DE 2016



Dar posada al peregrino

HNA. CAROLINA BLÁZQUEZ CASADO, OSA

Comunidad de la Conversión. Fraternidad del Camino. Carrión de los Condes (Palencia)



La visita de un huésped debería ser motivo de alegría, fiesta, servicio generoso, encuentro... La hospitalidad o acogida al forastero, a quien va de camino y llega a nuestra casa pidiendo ayuda o cobijo, constituye desde siempre uno de los grandes valores de la mayoría de culturas y religiones. En este Año de la Misericordia, “dar posada al peregrino” significa descubrir un espacio sagrado, un lugar teológico, en cada hombre y mujer que pide asilo. Y así lo viven a diario la autora y su comunidad junto al Camino de Santiago, reconociendo a Jesús mismo en cada peregrino que se les acerca pidiendo agua, comida y descanso, y que les tiende su mano, abierta y vacía, para ser servido.

LA HOSPITALIDAD Y LA ACOGIDA COMO VALORES DE HUMANIDAD

La hospitalidad o acogida al forastero, al hombre que va de camino, a aquel que nos visita y nos pide ayuda, cobijo, ha sido un valor constitutivo en la mayoría de las culturas antiguas, y muy especialmente en las tradiciones propias de los pueblos orientales. Podríamos decir que en la transformación progresiva del enemigo en huésped está el origen de la civilización¹. El cambio de perspectiva que supone pasar de “tú no eres como nosotros, por eso te matamos” a decir “tú no eres como nosotros, por esto te escuchamos, te recibimos” pone los fundamentos de la comunidad humana².

Aún más, poco a poco, la visita de un huésped se convierte en motivo de alegría, fiesta, servicio generoso, encuentro... Son muchas las experiencias que, sobre este gesto tan digno de lo humano y que pertenece a nuestro eje de valores más puro, podemos encontrar en relatos de la antigüedad³.

En la acogida se revela la peculiaridad constitutiva del hombre como un ser para el encuentro. El ser humano está abierto a la realidad, despierta ante lo otro y se enriquece con todo lo que toca y llega a su vida, estableciendo relaciones significativas que le posibilitan y sostienen. En

definitiva, el ser humano es un ser personal; por eso, la cerrazón, la indiferencia, el solipsismo son actitudes que revelan una atrofia de las virtudes más genuinas de nuestra condición y, cuando en nuestra sociedad parece generalizarse un modo de vida individualista, egoísta, desconfiado de todos, en realidad se evidencia un cierto empobrecimiento de lo humano y de nuestras capacidades más bellas y dignas.

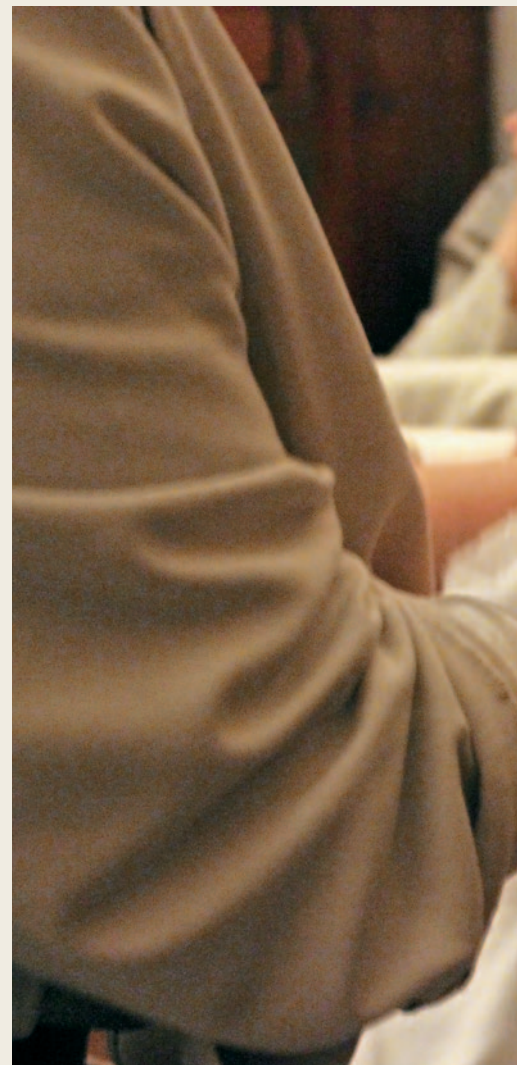
LAS FUENTES DE LA ACOGIDA EN LA TRADICIÓN JUDEOCRISTIANA

Esta actitud propia del ser humano está iluminada en nuestra tradición judeocristiana con una perspectiva teológica preciosa, que alumbra una razón propia y un modo concreto de realizar y vivir la acogida.

En los relatos de la creación del Génesis todo parece indicar que Dios crea el mundo con todo su esplendor y belleza para hacer de él finalmente la casa del hombre. Los dos relatos describen la creación del hombre y la mujer como cima de la obra creadora divina, y en ambos Dios sitúa al ser humano en el centro de su creación entregándosela (cf. Gn 1, 26-31; Gn 2, 4b-15). El mundo, con toda su belleza y todo su esplendor, es nuestra casa; es el hogar, el regazo y seno que nos acoge y protege, en el que se puede habitar, crecer, amar, vivir... ¡Es el

espacio de nuestra felicidad! Pero hay un paso más. En la Sagrada Escritura podemos ver cómo esta gran casa del hombre es visitada por el mismo Dios, el Hacedor del mundo. Así se nos dice en el texto bíblico, con esa belleza simbólica que le caracteriza: “Yahvé Dios se paseaba por el jardín a la hora de la brisa” (Gn 3, 8).

Esta visita de Dios desvela y anuncia la razón última de todo, el porqué del acto creador: el deseo divino de llegar a ser el huésped del hombre, el querer de Dios de habitar su mundo, ser acogido por el ser humano como huésped y peregrino. Dios Amor ha hecho este maravilloso universo y al hombre en él para vivir y establecer una alianza, una relación de amistad y amor, con su criatura; en definitiva, y con otras palabras, para ser acogido en el corazón del mundo a través de este admirable gesto de libertad del ser humano que permite





por un simple sí, por la aceptación, por la apertura señorial de su voluntad, la entrada en su interior de un otro con el que establece una relación de amistad e intimidad.

En esta perspectiva, la historia de la salvación, la historia del pueblo de Israel, podía muy bien ser contemplada como la historia dramática de las constantes visitas de Dios y de la acogida, pero también del rechazo de los hombres en la inestabilidad de una libertad variable y egoísta⁴. Yahvé se ha hecho caminante y peregrino, se ha acercado como mendigo y pobre, necesitado de cobijo y asilo, a la casa del hombre para ser recibido en un permanente ofrecimiento y súplica de relación, de encuentro y amistad⁵.

Son muchas las visitas de Dios que se nos narran en la Escritura pero, sin duda, una de las más características e importantes es la visita de los tres ángeles enviados por Dios a **Abraham**

que encontramos en Gn 18. Esta escena ha convertido a Abraham en maestro y modelo de la hospitalidad.

Sorprendido por la visita de estos tres huéspedes, Abraham les recibe, en primer lugar, con actitudes de respeto y consideración. Él es el agraciado por recibir esta visita que se interpreta como una bendición del cielo, pues los otros traen siempre una bendición y una gracia. Estos primeros gestos de acogida muestran la consideración hacia el forastero, el reconocimiento de su dignidad y valor. En segundo lugar, Abraham hace de sí una total donación y, así, ofrece generosamente lo que tiene a estos peregrinos inesperados. Sus actitudes son el servicio, la disponibilidad y la entrega; se apresura para ofrecerles comida, un lugar fresco. Él permanece en pie mientras los recién llegados comen tranquilamente. Todo un modelo de acogida. Ellos se despiden dejando

Jesús es peregrino por Galilea y se hace huésped en casas y familias que le acogen y abren sus puertas para hacerle sitio

en esa casa una bendición, una luz de esperanza, porque el don que se entrega siempre fructifica, y Abraham, que ha dado con tanta generosidad, recibe a cambio la buena noticia del nacimiento de su hijo, **Isaac**.

LA ÚLTIMA Y DEFINITIVA VISITA DE DIOS: JESÚS

“Por la entrañable misericordia de nuestro Dios nos ha visitado el sol que nace de lo alto” (Lc 1, 78). Dios ha visitado a su pueblo de forma definitiva y última en su Hijo, Jesucristo. En Él, el Dios que se acercaba como huésped y peregrino ha puesto su tienda entre nosotros, ha habitado nuestra casa y se ha hecho uno de los nuestros (cf. Jn 1, 14). **María** es la casa de Dios, en ella la humanidad acoge a su Dios por medio de la libertad ofrecida, hecha seno, morada del Hijo. Dios toma tan en serio la voluntad del hombre que esta será la puerta que permita y haga posible el misterio de su encarnación.

El modo de vida que **Jesús** elige para su ministerio es un modo de vida itinerante, por lo tanto, Jesús es un peregrino de los caminos de Galilea y se hace huésped en las casas y familias que le acogen y abren sus puertas para hacerle sitio. **Marta, María y Lázaro** en Betania recibieron a este peregrino divino en varias ocasiones (Lc 10, 38; Jn 12, 1-2). El mismo Jesús, cuando envía a sus discípulos a predicar la llegada del Reino, les pide que vayan a las casas y pidan allí alojamiento y acogida. Los discípulos van en su nombre y, así, quien acoge a estos, sus amigos, está acogiendo al mismo Señor (Lc 9, 4; 10, 5-7.16).

Este acontecimiento único vivido por los contemporáneos de Jesús, que acogieron en sus casas al Mesías –como **Simón** el fariseo (Lc 7, 36-37), los novios de Caná (Jn 2, 1-2), **Jairo** >>



» recibiendo la visita del Maestro para curar a su hija (Lc 8, 51), Mateo el publicano (Lc 5, 29) y Zaqueo (“Hoy tengo que alojarme en tu casa”, Lc 19, 5)– se perpetúa en la historia tras la muerte y resurrección del Señor Jesús. Hay un texto clave que ilumina este misterio, y es la extraordinaria parábola del Juicio final (Mt 25, 31-46). El Juez del mundo dice a los que están ante su tribunal que las obras de misericordia que se han hecho o dejado de hacer con los necesitados, a él mismo se las han hecho o negado. A estos necesitados –hambrientos, sedientos, peregrinos, enfermos y encarcelados– el Juez del mundo los llama “mis hermanos más pequeños”. No hay nada aquí que indique que solo se está aludiendo a los creyentes o seguidores de Jesús, sino que se refiere a los necesitados sin excepción. Jesús se identifica de modo absolutamente rotundo y claro con los pobres y pequeños. Ellos hacen presente al Maestro en el hoy y ahora de la historia.

“A MÍ ME LO HACÉIS”

Esto va a suponer una total transformación en lo que se refiere a la comprensión del prójimo en el cristianismo. Quien lee la parábola del buen samaritano (Lc 10, 30-37) a la luz de la parábola del Juicio final, a la que acabamos de hacer referencia, comprende bien la respuesta de Jesús a la pregunta del fariseo: “Pero,

**Cada hombre, cada
mujer que se acerca
en el camino de la vida
pidiendo asilo es
un espacio sagrado,
un lugar teológico**

¿quién es mi prójimo?” (Lc 10, 29). Prójimo será todo necesitado que me sale al encuentro, pues, por el mero hecho de serlo, es uno de los que Jesús llama “mis pequeños hermanos”. Estos le hacen presente hoy, en medio de nuestra historia personal. Ellos son la permanente visita de Dios en Jesucristo a cada hombre y mujer a lo largo del tiempo. Ellos son la prolongación del gran misterio de la encarnación.

Brota de aquí la rica corriente de caridad y el impulso filantrópico del cristianismo, que reconoce en cada persona a otro Cristo, y desde aquí le sirve, le cuida, le ama. Las cartas apostólicas del Nuevo Testamento están llenas de exhortaciones a la acogida y a la hospitalidad: “Acogeos mutuamente como os acogió Cristo para gloria de Dios” (Rom 15, 7); “No olvidéis la hospitalidad; gracias a ella, algunos, sin saberlo, hospedaron a ángeles” (Heb 13, 2).

El peregrino es Jesús mismo, que se acerca, que pide agua, que pide descanso, que pide comida y que nos tiende la mano, abierta y vacía, para que le sirvamos. Cada hombre, cada mujer que se acerca en el camino de la vida pidiendo asilo es un espacio sagrado, un lugar teológico. Ellos nos revelan el nuevo rostro de Dios, que desde la encarnación tiene tantos como rostros humanos.

HEMOS SIDO AGRACIADAS

Existe en la tradición agustina medieval una preciosa leyenda enmarcada en los bosques de Siena, donde nació nuestra Orden en el siglo XIII. Fray Juan, un joven hermano del eremitorio de Lecceto, cansado de los rigores de la vida monástica, huyó una noche del monasterio. De camino, en medio del bosque, se encontró con un peregrino que le preguntó: “Fray Juan, hijo mío, ¿dónde vas?”. Tras escuchar la respuesta del joven, el misterioso peregrino abrió su capa y, mostrando su pecho del que irradiaba un maravilloso resplandor, le dijo: “Si te es duro tu pan, mójalo en mi costado y te será blando”.

En la búsqueda común de Dios que caracteriza y es pilar de nuestra vida agustina, las hermanas del Monasterio de la Conversión hemos sido bendecidas por la misericordia de Dios, que nos ha mostrado su Rostro y su presencia escondida en Jesús como peregrino que sale a nuestro encuentro. Hemos recibido la preciosa gracia del “encuentro” cotidiano con Él, que, vestido de peregrino, nos busca y nos salva. Somos visitadas por el mismo Dios, que se acerca y llama a la puerta de nuestra casa, de nuestra historia personal cada día, y nos brinda el consuelo de su presencia y misericordia.

Somos nosotras las agraciadas por esta misión, que es gracia de la misericordia de Dios hacia nuestra comunidad. Somos nosotras las que cada día tenemos la dicha de recibir en nuestra casa al mismo Cristo que, revestido con capa y sayal –y, más habitualmente en nuestros días, con mochila, botas, pantalones y chubasquero–, se presenta y solicita nuestra hospitalidad.

Salimos al Camino de Santiago en busca de Dios y su misericordia y en busca también del hombre de hoy. Nos dimos cuenta de que una

gran riada de hombres y mujeres de nuestro mundo jamás vendría a nuestra casa, ni probablemente se acercaría a la hospedería de un monasterio, ni se plantearía tener algo que ver con nosotras. En el Camino, en cambio, podíamos crear un espacio de encuentro, de conocimiento mutuo, de “visitación”, donde compartir las preguntas, la vida y sus misterios, los anhelos de plenitud que a todos, paradójicamente, nos duelen y nos salvan; y, así, además, mostrar un rostro de la Iglesia cercana a todo ser humano, interesada por la vida de cada persona, a su servicio y de su lado para ofrecer a todos la buena noticia del Reino, que es pan, agua, descanso y sentido de nuestra humanidad herida, despertando a la presencia escondida de Dios.

UNA CASA DE PUERTAS ABIERTAS

Desde hace más de diez años, nuestra comunidad acoge a peregrinos en el Camino de Santiago. Todo se inició humildemente en un pueblo de la provincia de León, Bercianos del Real Camino y, finalmente, en el año 2007, nos establecimos en Carrión de los Condes (Palencia), junto a la iglesia de Santa María del Camino, en su albergue parroquial. Allí, una pequeña fraternidad de hermanas despliega una vida de oración, fraternidad, acogida y testimonio.

Hay un gesto silencioso, pero muy elocuente, que distingue la vida de la comunidad: las puertas abiertas. Tanto las puertas de la iglesia como las del albergue, la casa del peregrino, están abiertas desde muy temprano hasta la puesta del sol, y por ellas pasan al día una media de más de 300 peregrinos provenientes de todas las partes del mundo. En nuestra casa se quedarán a pernoctar cada día unos 50 peregrinos, desde marzo a octubre, incluidos estos meses.

Este simple gesto expresa un modo de vivir. Es una forma de encarnar la actitud de salida, el estado de éxodo, de desinstalación que, ante el reto de la nueva evangelización, la Iglesia quiere adoptar⁶. Las puertas abiertas son los brazos tendidos para recibir, son el signo de la espera, son el grito silencioso de bienvenida, son el gesto de confianza que invita a entrar, son un modo de decir a todos los que pasan: “Esta es tu casa”.

La acogida es la actitud marial que caracteriza nuestra Vida Consagrada. Expresa la primacía de la gracia. Revela la confianza alegre de quien sabe que esa gracia viene siempre de fuera, que a nosotros en la vida cristiana nos compete disponernos a recibir, porque el don de Dios es regalo del cielo y requiere de nosotros un vacío, una apertura, una disposición interior de espera y cortesía ante la realidad, la vida, el otro, porque todo se juega en una anunciación... para que la tierra de nuestra vida sea fecundada⁷.

DE PERSONA A PERSONA

La acogida no se realiza por grupos o al montón. La acogida en el albergue es de tú a tú, de persona a persona. El modo de recibir e inscribir al peregrino quiere expresar con delicadeza y atención la importancia de cada persona.

Al mediodía, a la hora del ángelus, como María recibió la visita del ángel, empezamos la acogida. Durante el tiempo previo de la mañana, además de las primeras horas dedicadas a la oración y liturgia, la comunidad ha limpiado la casa, ha recogido detenidamente cada sala y ordenado el albergue, pensando en los que marcharon y preparando la morada interior y exterior para los que llegan. La armonía y belleza del espacio es una muestra más de amor y espera.

Hay un libro de registros en el que, al llegar, inscribimos al peregrino. Es un momento precioso, donde la centralidad la asume el rostro, la mirada recíproca, el nombre personal, aprender a pronunciarlo según el lugar de origen. No es un valor para nosotros ser eficaces o rápidos, tener mucha demanda o terminar pronto. Al contrario, queremos detenernos en el que llega, dedicarle un espacio y un tiempo sereno de atención, ser sencillamente amables para desvelar así la admirable dignidad del ser humano.

Al escribir los datos personales del peregrino en nuestro libro de casa, algo suyo queda para siempre ligado a nosotras; al poner sobre su credencial –el “carnet” de identidad del peregrino– el sello de nuestro albergue, algo nuestro, de nuestra vida, queda para siempre entrelazado con él.

Por esta centralidad de la persona, por la importancia del encuentro personal, siempre hay uno de nosotros en la mesa de acogida, incluso cuando el albergue está lleno y puede parecer innecesario. Esta presencia silenciosa, a la espera, en el mediodía y a primera hora de la tarde, cuando ya los peregrinos están alojados y descansan o tienen su ritualidad cotidiana (lavar la ropa, comer algo, escribir en su diario, conectarse a Internet), es >>





» la ocasión para un nuevo servicio humilde: el de la mera “presencia” que puede ofrecer indicaciones sobre el pueblo, ayudar en cosas prácticas del albergue, aconsejar sobre la etapa siguiente. Siempre alguno de los peregrinos se sienta frente al hospitalero que hace la guardia y le pregunta o le cuenta sobre sí, y se produce la gracia del encuentro, tú a tú. Son conversaciones breves, pero generalmente muy íntimas y personales, en las que el peregrino formula sus preguntas, narra sus problemas e inquietudes y, en realidad, no espera de nosotros más que la compañía, la escucha y la presencia de sentido y amor incondicional, la sonrisa y apoyo que posibilita que él mismo trace su plan, se abra a la esperanza de un cambio.

UNA CADENA DE MISERICORDIA

La acogida del peregrino despliega todo un dinamismo de misericordia. Tras la acogida, se suceden una tras otra las ocasiones para encarnar multitud de gestos de amor incondicional y gratuito.

El peregrino que llega está sediento después de recorrer una interminable recta que va entrelazando los pueblos castellanos de nuestra llanura palentina. Por eso, según entra al albergue, le ofrecemos un vaso de té, frío o caliente –dependiendo de la época del año–, para calmar su sed

**El peregrino no
marcha como llegó,
se lleva un signo
de bendición que
es huella, reclamo,
exigencia de retorno**

con un cálido saludo: “¡Bienvenido!”. Por la tarde compartimos el pan de la comunidad durante una sencilla cena en común que preparamos nosotras dando de lo que tenemos para vivir. En la cena, el peregrino, porque es nuestro bendito huésped, ocupa el lugar principal, le servimos con deferencia y alegría, uno a uno, con delicadeza y respeto.

La cura cotidiana de las ampollas de los pies heridos del caminante nos posibilita un servicio humilde, así como la limpieza diaria para que todo esté preparado a su llegada; además, en muchas ocasiones, hay peregrinos que enferman –es significativo que en la Edad Media las casas de acogida en el camino se llamasen hospitales– y entonces somos nosotros los que cuidamos de él, le asistimos, le acompañamos al doctor, al hospital...

Un gesto de misericordia se convierte en un verdadero torrente. Todo está sellado por la gratuidad,

por lo innecesario e indebido, porque nada se cobra ni se paga con dinero. Esta vida y los gestos descritos que la desgranán y encarnan no tienen precio, no pueden valorarse o tasarse. Hay un misterioso “exceso” que rodea la vida del albergue, porque no hay un límite, no hay una receta, no hay un libro de instrucciones; e incluso hay un espacio a lo innecesario, al más, a la sobreabundancia de un amor que se convierte en lenguaje universal capaz de superar las diferencias culturales, lingüísticas, religiosas o sociales.

CORPORALES Y ESPIRITUALES

Nuestra presencia y servicio en el albergue inaugura y es promesa de un encuentro personal. En realidad, el peregrino es un buscador, tiene el corazón inquieto. Por eso, la acogida externa propicia una apertura interior, dejándonos entrar en la morada íntima y compartiendo así con nosotros sus anhelos, dolores o preguntas.

Cada tarde, en la entrada del albergue, la comunidad de acogida ofrece un momento de encuentro. Es el encuentro musical o encuentro de peregrinos. La música se convierte en un idioma común. Allí, mientras desgranamos canciones en diversas lenguas, algunas populares y divertidas, todas bellísimas, y aunque no explícitamente religiosas, se despierta lo más humano y más sagrado que habita en cada uno de nosotros: la tristeza, el amor, el anhelo de felicidad, la pregunta por el origen y la razón de todo, las lágrimas del perdón, del arrepentimiento, de la nostalgia... Entonces, invitamos a los peregrinos a contar quiénes son, por qué hacen el Camino y qué buscan. Es el espacio de la escucha, del consejo, del consuelo, de la compañía, donde nuestra acogida deviene en la más pura compasión, abrazando la existencia del hermano y tomándola como propia con su dolor y angustia. Porque muchos, en el estado de precariedad que la peregrinación les sitúa, desarmados de las barreras con las que vivimos y nos defendemos de los demás y de nuestros miedos, confían a esta pequeña comunidad de acogida los dolores más profundos que llevan consigo, las situaciones más conflictivas, aquello que generalmente no contamos y

guardamos para nosotros mismos, por vergüenza, por discreción... De tal modo que la acogida pasa a un plano espiritual, es la acogida de una vida, de una historia, de un dolor por el que rezar, en el que ayudar al otro, al que acompañar e iluminar desde la fe y la misericordia de Dios.

EMAÚS

Al declinar el día, las hermanas invitamos a los peregrinos a acompañarnos a la iglesia. Muchos vienen porque han vivido todo lo que terminamos de describir y algo dentro de ellos ha sido tocado, se ha despertado. Es el momento donde todos, como peregrinos de la vida, cansados del peso de la jornada, somos acogidos por el Amor incondicional de Dios que camina a nuestro lado, también cuando no nos damos cuenta. Se repite el encuentro de Emaús. Allí, peregrinos, hermanas, parroquianos somos conducidos hacia el Misterio que se ha hecho camino, compañero y pan partido para entrar en nuestras vidas, para darnos de su Vida, para invitarnos a su intimidad. La eucaristía en Carrión está cargada de toda esta densidad. Se cuidan especialmente los cantos, la belleza del templo, la incorporación de alguna petición en inglés o en otras lenguas para que el peregrino se sienta importante, ¡acogido!

Durante el día, en la iglesia, hay un cesto donde se pueden escribir las intenciones que cada uno lleva en su peregrinación; y cada tarde, en la eucaristía, uno de ellos las deposita ante el altar en el momento del ofertorio. Ninguno de estos papeles escritos se tira. En el oratorio de las

Cauce, testimonio y luz para el Camino

Hemos contado nuestra experiencia de acogida, una entre otras muchas y significativas presencias eclesiales en el Camino de Santiago. Hace años que varios de los responsables de la pastoral del Camino (delegados diocesanos, sacerdotes de parroquias del Camino, comunidades religiosas de acogida y laicos comprometidos con esta misericordia) nos venimos reuniendo para aunar fuerzas, ayudarnos en la labor de la acogida y crear una red de presencia y acogida cristiana más organizada desde una perspectiva pastoral y en línea con la llamada a la nueva evangelización. Se trata de dar una clara identidad cristiana a la acogida que, tanto en parroquias y albergues de la Iglesia como en la propia meta de la peregrinación –en la catedral de Santiago y la oficina del peregrino– se ofrece a quienes concluyen el Camino, creando una red de hospitaleros cristianos que crezcan y expresen su fe y su amor a **Jesús** a través del servicio de la acogida de peregrinos. Esta presencia eclesial quiere ser cauce, testimonio y luz para los peregrinos que buscan algo más en su camino, favoreciendo la gracia de la conversión y el encuentro con Dios.

De este grupo nació Acogida Cristiana en los Caminos de Santiago (ACC), que posteriormente se ha constituido como una fundación eclesial. Todos los que se sientan identificados con este proyecto de misericordia y evangelización pueden ponerse en contacto con nosotros a través de la página web: <http://www.acogidacristianaenelcamino.es/> Despertar a ese dinamismo de la misericordia recibida de Dios y ofrecida a los hermanos, conformar la vida según las obras de la caridad, será el mayor fruto de este Año Jubilar de la Misericordia.

hermanas se acumulan en un cesto delante del sagrario, y hacemos de estas intenciones la razón y el motivo para trabajar al día siguiente y los nombres y necesidades que presentar en nuestras peticiones al Padre.

Al final de la misa se celebra la bendición especial del peregrino, imponiendo las manos sobre cada uno de ellos. Lo hacemos despacio, orando, cantando y suplicando una gracia particular para cada vida. Para muchos es la primera vez que un sacerdote o una hermana les toca, les bendice con un gesto personal y exclusivo, y son muchas las lágrimas que se derraman en el silencio orante de este rito.

Les entregamos también una estrella de papel, pintada y recortada por la comunidad de acogida. La estrella es signo de la Luz de Dios, que brilla incluso en medio de nuestras tinieblas, y también un envío o misión para que ellos sean luz para los otros, claridad y sentido.

En varias ocasiones y en lugares muy diversos he sido testigo de una preciosa stampa. Al encontrarse con nosotras, alguien aparentemente desconocido ha sacado de su bolso o de su bolsillo la cartera y nerviosamente ha buscado algo, hasta encontrar una estrellita de papel que nos ha mostrado alegremente mientras gritaba: “Hermanas, ¡la estrella! ¡Carrión!”. ¡Se ha convertido en un signo de identidad y una promesa que nos confirma que esta tierra llegará un día a ser el cielo!

ACOGER ES TAMBIÉN DESPEDIR

La acogida se va transformando a lo largo del día en misión, en envío. El peregrino no se queda con nosotros. Debe partir al día siguiente. Toda nuestra acogida es lo que posibilita, paradójicamente, que el peregrino parta, que continúe su marcha, que siga adelante, hacia su meta. No debemos retenerle, acoger es saber también despedir, >>



DAR POSADA AL PEREGRINO

» dejar marchar. Esto requiere de nosotros un desprendimiento, una libertad en el amor, en la entrega, en el servicio ofrecido.

Por la mañana, desde muy temprano, las hermanas abrimos las puertas del albergue. De nuevo, el signo clave de la puerta abierta, como el corazón y su doble movimiento de sístole (acogida) y diástole (envío). Los peregrinos inician una nueva etapa. Al mismo tiempo, abrimos las puertas de la iglesia para nuestra liturgia matutina. Mientras rezamos, según amanece, se escuchan las botas y los bastones de los que se alejan, también de los que entran a la iglesia para despedirse del Señor. Confiamos en que su paso por nuestra casa haya sido gracia, sea una flecha amarilla que les recuerde el amor de Dios hacia cada uno de ellos. Pues esta es la única razón y el motivo último que explica lo que allí, cada día, vivimos, trabajamos y ofrecemos.

El peregrino no marcha igual que llegó, lleva consigo un signo de bendición que, en muchos casos, es como una huella, un reclamo, una exigencia de retorno. De hecho, algunos vuelven a veces solo para dar las gracias, para traer un regalo; algunos para quedarse con nosotras –como algunas hermanas de nuestra comunidad que un día pasaron como peregrinas y entre nosotras encontraron su casa–; y otros regresan porque han recibido la llamada de dar a otros lo que ellos recibieron y nos piden acoger con nosotras.

VENID, BENDITOS DE MI PADRE

Llamamos hospitaleros al grupo de voluntarios que se ofrecen para ayudar a la comunidad de hermanas en esta misericordia de la acogida. Muchos de ellos son peregrinos de otros años que deciden volver o que inician una vida de fe junto a nosotras, de la mano de la comunidad. Ellos comparten durante una o dos semanas el día a día en el albergue y este retorno consolida la gracia recibida en el paso fugaz de la peregrinación. De este modo, el rostro que acoge al peregrino es un precioso rostro eclesial: las hermanas junto con otras religiosas, sacerdotes, jóvenes, familias con sus hijos...

La comunidad de acogida de los peregrinos es, por esto, también una

comunidad de acogida *ad intra*, pues se ve constantemente enriquecida y alentada por nuevos miembros. Esto genera un dinamismo de adaptación, desinstalación y aceptación mutua. Los laicos asumen nuestro ritmo de vida monástico, comparten con nosotras la oración y liturgia, el silencio, el trabajo, la formación, algunos momentos comunitarios y la preocupación pastoral por los peregrinos. Somos testigos del poder sanador y salvador de nuestra vida, con su disciplina, su orden y sencillez.

Esta experiencia para muchos se ha convertido, como para nosotras, en un modo de vivir, un método –camino– para recorrer la gran peregrinación de la existencia. Al despedirles, después del turno de cada año se repite un gesto entre nosotros: el lavatorio de las manos. Porque son las manos tendidas, abiertas, vacías y, por eso, dispuestas a acoger, abrazar, cargar, consolar, curar, limpiar, aplaudir, asir a otros... el icono donde se expresa el amor que hemos recibido de Dios y que deseamos dar al peregrino; el amor que recibimos del Dios peregrino que nos visita y al que



deseamos amar en cada hermano, porque en ello está la alegría más honda y pura de nuestra existencia.

La misericordia recibida de Dios se hace bendición de misericordia para otros y, de este modo, la esperanza de una nueva Civilización del Amor se va haciendo realidad en la historia, en el mundo, hasta que Él venga y pueda pronunciar sobre todos su Palabra de salvación y vida eterna: “Venid, benditos de mi Padre...”. ●

Notas

1. “Lo que pone a salvo de la barbarie no son las casas con la cerrazón de las cavernas, sino mediante el vínculo de las plazas y la apertura de la hospitalidad. Es decir, lo que se opone a la barbarie de lo inhumano es la familiaridad transformada para los ajenos conocidos en vecindad y para los desconocidos en hospitalidad”: **Higinio Marín**, *Teoría de la cordura y de los hábitos del corazón*, Pre-Textos, Valencia, 2010, p. 158.
2. Cf. **Olivier Clément**, “Hospitalidad: una forma de servir a la humanidad”, en *Dios es simpatía. Brújula espiritual en un tiempo complicado*, Narcea, Madrid, 2011, pp. 123-128.
3. Cf. En *La Odisea* la hospitalidad es lo que distingue al hombre de los otros seres bestiales o degenerados; *Alceste* de **Eurípides** es otro de estos relatos de la antigüedad que muestra un sentido de la hospitalidad maduro en humanidad. La llegada de cualquier huésped, sin condiciones, también la de Apolo disfrazado de mendigo, es descrita como un regalo de los dioses que trae bendición y favores a la casa.
4. Cf. **Xavier Léon-Dufour**, *Vocabulario de Teología Bíblica*, voz *Visita*, Herder, Barcelona, 1996, pp. 959-961.
5. “La creación solo existe porque Dios la quiere, la ama, la protege, pero al mismo tiempo Dios es excluido por el hombre del corazón de esa creación, pues ese corazón es el mismo hombre. Podemos, pues, adelantar que si la creación tiene en Dios su morada, Dios no puede tener en ella la suya, porque el hombre, con un poder invertido, tiene las llaves y puede cerrar el universo a Dios”: **Olivier Clément**, *Unidos en la oración*, Narcea, Madrid, 1995, pp. 77-78.
6. “La Iglesia ‘en salida’ –nos dice el papa **Francisco**– es una Iglesia con las puertas abiertas. Salir hacia los demás para llegar a las periferias humanas no implica correr hacia el mundo sin rumbo y sin sentido. Muchas veces es más bien detener el paso, dejar de lado la ansiedad para mirar a los ojos y escuchar, o renunciar a las urgencias para acompañar al que se quedó al costado del camino. A veces es como el padre del hijo pródigo, que se queda con las puertas abiertas para que, cuando regrese, pueda entrar sin dificultad. (...) Uno de los signos concretos de esa apertura es tener templos con las puertas abiertas en todas partes” (*Evangelii gaudium*, 46 y 47).
7. “También a ti el Altísimo te cubre con su sombra y te llena de su gracia; te llama a dejarle entrar en tu vida y salir de ti para acogerle a Él, confiándote una tarea y misión. Dios te anuncia cada día su llegada y su presencia. Muchas veces a lo largo de la jornada Él te pedirá esta palabra: ‘Heme aquí’. ‘Soy tuya. Hágase’. Ante las solicitudes de la vida y de las hermanas y personas que llegan a nuestra casa, tú tienes una respuesta marial que dar: ‘Soy tuya. Hágase’: **M. Prado**, *El santo viaje. Libro de vida de la Comunidad de la Conversión*.